

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA REFLEXIÓN.—María es figura de las almas justas, de quienes se retira Dios.

SEGUNDA REFLEXIÓN.—María es imagen de los que han perdido á su Dios.

TERCERA REFLEXIÓN.—Gozo de María al encontrar al Niño Jesús.

*Post tridum invenerunt illumin templo
sedentem in medio doctorum, audien-
tem illos, et interrogantem eos.*

Después de tres días le hallaron en el Templo sentado en medio de los Doctores, oyéndoles y preguntán-
doles.

(Luc., II, 46.)

LA dolorosa espada que el anciano Simeón había anunciado heriría el corazón de la Santísima Madre de Jesús, penetra hoy en él de la manera más sensible. La copa de ajeno y hiel que ha de apurar María hasta las heces en el Calvario, empieza á saborearla hoy entre vivas aflicciones. No me llaméis dichosa, dice hoy la Virgen, sinó llamadme más bien la dolorida, por que me hallo en dolores anegada. El Señor, mirando con misericordia la bajeza de su esclava, me había llenado de gloria y de honor, haciéndome Madre de su Hijo: mas hoy me sumerge en un océano de tristeza, haciéndome la más desconsolada de las madres: *Amaritudine valde replevit me Omnipotens.* (RUT., I).

¿A quién os compararé, Virgen inocente? ¿Qué idea podré yo dar del desasosiego de vuestro corazón durante tres días de investigaciones? ¿Qué imagen, que símil, qué comparación buscaré para hacer que mis oyentes comprendan el exceso de vuestro dolor? *¿Cui comparabo te, vel cui assimilabo te, virgo filia Sion?* (TRHEN. III). Imaginaos, O. M., cuán grande fué el dolor de Rubén cuando, no descubriendo al niño José, hermano suyo, en la cisterna á donde le había hecho bajar con la mira de librarle de la violencia de los otros hermanos, rasgó sus vestiduras, exclamando: «El niño no parece. ¡Ay de mí! ¡A dónde iré! *Puer non comparet; et ego quo ibo?*» (Gen., xxxvii). Imaginaos cuál fué el dolor de Jacob, su padre, cuando habiéndole sido pre-

sentada la túnica de su perdido hijo José teñida en sangre, creyó que alguna fiera le había devorado, negándose á recibir ningún consuelo, y contestando á los que se lo querían dar: «No dejaré de derramar lágrimas hasta tanto que baje al sepulcro con mi hijo.» Representaos la agitación de Ana, madre de Tobías el jóven, cuando trascurrido el plazo en que debía terminar el viaje de su hijo, no le veía sin embargo volver, y, vertiendo dolorosas lágrimas, no daba cabida en su corazón á consuelo alguno. «¡Hijo mío, hijo mío! exclamaba ahogada por los sollozos: ¿Por qué te hemos enviado tan lejos; por qué te separaste de nuestro lado, tú, única luz de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, gozo de nuestra vida, única esperanza de nuestro porvenir, y el solo vínculo que nos liga aún á la tierra?» Aunque os fijéis en todos estos ejemplos, examinando sus más dolorosas circunstancias, no llegaréis nunca á formaros una idea, ni aún aproximada, del dolor y desasosiego de María.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXIÓN.

MARÍA ES FIGURA DE LAS ALMAS JUSTAS DE QUIENES SE RETIRA DIOS.

La solemnidad alegre de la Pascua que María fué á celebrar á Jerusalén, se convirtió en luto para ella. Lo excesivo de las penas de la Madre no puede comprenderse bien, sin comprender previamente el exceso de su amor, que es la medida natural de la amargura.

¿Cómo es, preguntaréis acaso, H. M., que Jesús se resuelve á dejar á María y á José, sabiendo la pena y mortal aflicción que iba á causarles con su ausencia? ¿No pudiera haberles ahorrado los pasos y las lágrimas que prevenía? Vosotros ignoráis sin duda, que la Providencia no trata de otro modo á los que ama; y que María, como el más noble y principal miembro del cuerpo de que Jesucristo es cabeza, debía recibir más abundante comunicación de las penas interiores, y del abandono que El mismo quiso padecer de parte del Padre Eterno. Todos aquellos, efectivamente, que pertenecen á Jesús, se deben resolver y prepararse á estas sensibles privaciones; privaciones que nos son tanto más necesarias, cuanto mayor es el riesgo de que una prosperidad espiritual demasiado larga nos adormezca ó nos inspire orgullo, poniéndonos en el caso de olvidar que vivimos en destierro, y en un lugar de tentaciones. Satisfechos, y llenos de consuelos espirituales, no suspiraríamos repitiendo con el Profeta: «¡Ay de mí! ¡Cuánto se prolonga mi peregrinación sobre la tierra! Apresuraos, Señor, á libertar mi alma de esta cárcel.» Aquí tenéis, Cristianos, una de las razones que mueven al Esposo á ocultarse del alma fiel, á alejarse de ella, á dejarla en sequedades, á privarla de toda dulzura, á abandonarla, en fin, á sí misma.

Y ¿qué hará el alma justa en tan penoso estado, en ese estado de desconsuelo en que, semejante á las montañas de Gelvoe, heridas de anatema, no reciben ni lluvia ni rocío; en ese estado en que el Cielo se muestra de bronce á sus súplicas, y no oye dentro de sí más que respuestas de desesperación y muerte? Lo que debe hacer es sostener con la fe y con la resignación, con firme esperanza y paciencia inalterable, con caridad siempre ardiente y amor inextinguible, la prueba que Dios le envía, diciendo resueltamente con Job: «Aunque me mate no cesaré de esperar en El.» Léjos de abatirse, suspendiendo ó relajando los ejercicios de piedad, ha de redoblar su confianza orando más que en los tiempos bonancibles, á ejemplo de Jesucristo, de quien dice el Evangelio: *Factus in agonia prolixius orabat* (LUC., XXII, 43.) Imite también á María, buscando sin cesar á Jesús, y no perdonando diligencia, ni temiendo la fatiga; conjurándole incesantemente á que la devuelva la luz de su rostro, y el conocimiento de su presencia.

SEGUNDA REFLEXION.

MARÍA ES IMAGEN DE LOS QUE HAN PERDIDO Á DIOS.

Pero María no es, en el presente misterio, imagen solamente de las almas santas de quienes Dios se retira tal vez, para depurar su virtud, queriendo por medio de tan sensible privación de la dulzura de la gracia, fundarlas establemente en la humildad y en el espíritu de la fé, apartándolas de todo lo que hay de sensible en la vida espiritual; la inocentísima Virgen es también figura, en cierto modo, de los pecadores que tienen la desgracia de haber perdido á Jesús, por pura falta suya, desterrando de su corazón con toda malicia al Espíritu Divino. No os asombréis de oirme que María, aunque exenta de todo pecado é inculpable de la más leve negligencia, y hasta de aquellos descuidos que son efecto ordinario del modo de obrar del hombre incapaz de atender á todo, ó más bien de una disposición secreta de la Divina Providencia, que lo conduce todo para mayor gloria suya; no os asombréis, repito, al ver que, no obstante tanta santidad, os la presento como imagen de aquellos que han perdido la gracia por su culpa, puesto que el mismo Jesucristo, con ser impecable por naturaleza y la misma santidad, fué figura de los pecadores. ¡Dichosos ellos si sienten lo excesivo de su pérdida, y trabajan con ardor en repararla! ¡Dichosos si buscan á Jesús con el vivo y profundo dolor, con la solicitud, diligencia, perseverancia y lágrimas, que son la más cierta señal del arrepentimiento del corazón y del anhelo con que María le buscaba! ¡Desdichados, por el contrario, aquellos que no sienten lo infinito de su pérdida, semejantes á Esaú, que miraba sin

sentimiento el derecho de primogenitura que había vendido por un plato de lentejas! ¡Insensatos! Lejos de deplorar su desventura con lágrimas amargas é inagotables, cometen el pecado riendo y como si jugasen: *Quasi per risum* (PROV., XI), y en vez de buscar á Dios inmediatamente, se lisonjean de tener espacio de sobra, por más que el mismo Jesucristo haya asegurado que vendrá tiempo en que el tiempo falte; y que todo aquel que ha abusado de la longanimidad divina, con desprecio de los tesoros de su bondad, muera en pecado y pase á experimentar las iras terribles de un Dios vengador. ¡Qué locura, qué temeridad, qué presunción tan indisculpable la del que imagina que busca á Dios siguiendo el camino que le aleja de El, por ser diametralmente opuesto al que el Salvador nos ha trazado con sus ejemplos y palabras; la del que halaga sus pasiones, dejándolas encender cada vez más; la del que se considera incapaz de producir frutos de penitencia, mientras se siente ya como oprimido de la pesada mano del justo Juez, cuya implacable indignación teme únicamente por un miedo servil! Si así llegáis, pecadores, al término de vuestra vida, allí conoceréis, aunque, por vuestra desgracia, demasiado tarde, que los que os prometían la gracia de la conversión en los últimos momentos, os engañaban, haciéndose intérpretes de la serpiente infernal. Abrid, pues, los ojos, y ved el abismo á donde corréis precipitados. Reflexionad, si os queda un rayo de fe, cuán terrible cosa es equivocarse en negocio de tan grande transcendencia. Pensad que la pérdida es irreparable, porque nadie vuelve del lugar de los tormentos. ¡Oh! ¡Quién puede explicar la rabia y desesperación del malaventurado réprobo al pensar que, más estúpido que las bestias, ha caído en todos los lazos que el demonio le preparó, y que, más crédulo que un niño, ha pasado su vida manteniéndose de groseras ilusiones, cambiando un reino eterno por un dije falso, por una bagatela, por un juguete de ningún valor! ¡Cuán horribles serán sus quejas, cuán furiosos los bramidos con que estremecerá los infernales calabozos! ¡Ay de mí! exclamará en el colmo de la desesperación. ¡Ay de mí, que me veo condenado á tormentos perdurables por un poco de humo, por un placer imaginario, por un deleite de un instante! ¡Cielo, tierra, infierno, Angeles, hombres, criaturas inanimadas, he perdido á Dios! ¡Soy condenado por una nonada, por un interés vilísimo: *Pro pugillo hordei*. (EZECH., XIII.) ¡Soy condenado, y para siempre! ¡Un impenetrable muro me separa de Dios en adelante!

TERCERA REFLEXIÓN.

GOZO DE MARÍA AL ENCONTRAR AL NIÑO JESÚS.

Apartemos los ojos de tan afflictivo objeto, y volvamos á María. Observemos su semblante en el acto de descubrir á su Hijo en el Templo, sentado en medio de los doctores; vedla transportada de

júbilo, y exclamando con David: Vuestras consolaciones ¡oh Señor! han llenado mi alma en proporción de los dolores que la habían oprimido. Reflexionad ahora, A. H., que el consuelo que devuelve Dios á los justos, después de haberles privado de él, les parece más apreciable y produce en ellos mayor alegría, como la salud parece mejor después de la enfermedad, y más dulce la calma después de la tormenta. Pero no conviene al alma justa entregarse de tal modo al gozo, que se olvide de prepararse á recaer en las tinieblas y en la sequedad; al modo que en el tiempo de la sequedad no conviene rendirse al cansancio y al desaliento, sinó mantenerse en la firme esperanza de que las tinieblas se disiparán, y la alegría y fervor sensibles volverán de nuevo: *Acordaos, dice el Sabio, mientras duren los días malos, de los buenos que han de seguirles*; y mientras duren éstos, en los cuales navegaréis con viento en popa, y á velas desplegadas, no olvidéis los días de tempestad y de nublados. Acordaos de la carestía cuando nadéis en la abundancia, y de la pobreza, cuando gocéis de los tesoros. ¿Te hallas sumido en noche oscura? Aguarda á que luzca el día. ¿Gozas de la grata luz del sol? Pues no olvides que se ocultará, dejándote de nuevo cercado de tinieblas. Conserva en todo tiempo una humildad profunda, y una completa conformidad. No es otra la condición de los justos en la tierra, así como la vida no es otra cosa que una alternativa inocente de tristeza y júbilo, de turbación y tranquilidad, de escasez y abundancia, de caricias y desdenes. Dios que conoce el fondo de orgullo y la extremada flaqueza que en nosotros hay, ordena semejantes cambios para mayor provecho nuestro y adelanto espiritual de nuestras almas; como si se propusiera convencernos con el conocimiento de nuestra pobreza, de que el bien no nace de nosotros, siendo nuestra alma como una tierra árida y sin agua, hasta que Dios la envía su rocío y sus fecundas bendiciones. Cuando dilata nuestro corazón con un fervor sensible, es porque tiene compasión de nuestra miseria, y quiere que usemos de esta gracia para caminar á pasos de gigante por la senda de la perfección; y cuando nos priva de sus dulzuras, es porque quiere probar nuestra fidelidad, dándonos á conocer con evidencia si le servimos por interés, ó desinteresadamente; si buscamos las consolaciones, ó al Dios de las consolaciones. También procede así muchas veces, para castigar nuestra tibieza, ó precavernos del orgullo que naturalmente se levanta en nuestro corazón, cuando todo lo hallamos fácil. Tal es el concepto que debemos formar de las vicisitudes que nos sobrevienen.

Lleguemos ya á la enseñanza más importante que nuestro Doctor niño nos da en este misterio. La enseñanza es para haceros temblar, ¡oh padres que pretendéis disponer de la vocación de vuestros hijos! Cuando la Virgen Santísima se quejó amorosamente al Niño Dios de la inquietud amarga que el perderle había causado á los santos esposos, oyó de los labios de Jesús una contestación poco conforme, al parecer, con el dolor de la Madre, y con la mansedumbre del Hijo: *¿Por qué me habéis buscado?* respondió. *¿No sabéis que es preciso me ocupe*

en lo que mira al servicio de mi Padre? Estas palabras os parecerán duras; pero no tendré la temeridad de justificarlas, bastando que hayan sido dichas por el Santo de los Santos. Unicamente os haré observar que Jesucristo comunicó á su divina Madre sus propios abatimientos, conduciéndola por el camino real de las humillaciones, así como él era conducido por el Padre Eterno, haciéndole seguir la misma vía. Pero su mira principal fué la de instruir entonces y en los siglos venideros á los padres de familia, acerca de los límites de la autoridad paterna, en concurrencia con la de Dios; enseñándoles que su poder cesa en este caso, en razón á que no les corresponde decidir arbitrariamente de la vocación de sus hijos, y mucho menos impedirles el que se consagren á El, cuando les inspira esta resolución, ó la de ejercer el ministerio sacerdotal contra los designios de ellos.

¿Qué cosa más justa en el fondo que esta obligación? ¿No es Dios, por ventura, Padre de vuestros hijos, como lo es vuestro? ¿Acaso prescriben sus derechos? ¿No puede disponer de lo que por tantos títulos le pertenece? ¿Es justo querer que la voluntad del infinitamente Sabio y del Omnipotente se acomode á ciertas costumbres de familia, á algunos intereses humanos, y tal vez á algún capricho? ¿Vale más violar una ley santa é indispensable, que ceder en un proyecto mundano?

Pero aunque siempre aconseje á los padres que se aprovechen de tan útil enseñanza, también á vosotros, hijos de familia, os prevendré que no abuséis de vuestra independencia en la elección de estado, que no es sinó relativa. Porque debéis saber, que así como no habéis de guardar ningún miramiento humano, ni dar oídos, en ningún caso, á las inspiraciones de la carne y de la sangre, cuando el Padre que está en los Cielos habla declarando su voluntad, porque en estos casos es ser piadoso el mostrarse cruel, atropellando la voluntad de los hombres, para alistarse en las banderas de la Cruz; así también tenéis obligación de seguir el ejemplo de Jesucristo, sujetándoos á las órdenes y voluntad de vuestros padres, en todo aquello que no sea manifestamente contrario á la voluntad y órdenes de Dios.

Concluyamos. Jesús volvió á Nazareth con María y José, á quienes siguió obedeciendo: *Erat subditus illis.* (LUC. II). Esta frase contiene la historia del Verbo encarnado, desde la edad de doce años que cierra el período de su infancia, sin relevarle de la subordinación á sus padres, hasta la de treinta años, en que se manifestó directamente al mundo. Fácil me sería probar que esa frase del Evangelio contiene mayores instrucciones que la relación de innumerables milagros que Jesucristo habría podido obrar durante ese tiempo; porque á Dios gracias no dudamos de su omnipotencia. Pero la obligación de vivir nosotros sujetos á obediencia, dejándonos gobernar como niños siempre, tendría algo de incomprendible para nuestro orgullo, si Cristo no se hubiera hecho obediente para enseñar á que le obedezcan, no sólo cuando manda por sí mismo, sinó también en aquellos á quienes re-

viste de su divina autoridad, y generalmente, como dice San Pablo, á toda criatura.

Hé aquí, A. H. M., las diferentes lecciones que en este día nos da nuestro incomparable Maestro; lecciones que desea ardientemente acreditar con su sangre, á fin de que fructifiquen en nuestras almas. Aprovechémonos de ellas, mostrándonos fieles en practicarlas.

DE VARIOS.

DISCURSO

PARA EL DÍA 13 DE MAYO.

VIDA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PLAN.

1. Nacimiento de María.—2. Inmaculada Concepción.—3. Santísimo Nombre.—4. Presentación en el Templo.—5. Desposorios.—6. Anunciación.—7. Visitación.—8. Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.—9. Purificación.—10. La espada de Simeón.—11. Crucifixión de Jesús.—12. Soledad de María en la tierra.—13. Su Asunción.

Benedicta tu in mulieribus.
Bendita tú entre todas las mujeres.
(Luc., 1. 42.)

Si es permitido distinguir los días festivos en la región celeste, no podemos menos de decir que fué un bello día para el Cielo, aquel en que la Santísima Virgen María entró triunfante en él para tomar posesión del reino de su Hijo. Y ved, M. A. O., por qué en la tierra celebramos con tanta pompa y magnificencia esa entrada triunfal de María en el Empíreo. Ningunas palabras podemos dirigirla en la presente festividad más propias y adecuadas, que aquellas con que en otro tiempo la saludara el celestial mensajero: «Bendita eres entre todas las mujeres,» *Benedicta tu in mulieribus.*

Habiendo resuelto Dios salvar al mundo mediante la inmolación de su Hijo, dióle una Madre, que vino á ser objeto de su más tierno afecto. Desde el instante en que la sacó de la nada, la colmó de sus más preciosos dones, y enriquecióla de sus gracias. ¿No es ésto ser bendita entre todas las criaturas? *Benedicta tu, etc.*

Llamada esta hija de Israel á dar la vida en el tiempo á Aquel que vive desde la eternidad, opérase en su favor el portento más inaudito: puesto que, sin dejar de brillar en su frente la corona de la virginidad, añade á ella la auréola de madre. ¿No es también ésto ser bendita entre todas las criaturas? *Benedicta tu, etc.*

Durante la existencia de su Hijo, ella participa de la gloria que le proporcionan la sublimidad de sus enseñanzas y la magnificencia de sus obras. Por do quiera óyense resonar estas palabras: «Dichosas las entrañas que le llevaron y mil veces feliz el seno que le amamantó.» ¿No es esto ser bendita entre todas las criaturas y entre todas las madres? *Benedicta tu, etc.*